

# Nuevos Espacios para la otra Revolución

*Gioconda Espina (\*)*

## Resumen

*La división sexual del trabajo está prevista en la ley patriarcal anclada en el inconsciente, de manera que lo que está planteado es desplazar esa ley impuesta por la necesidad de construir la civilización que conocemos, por otra que se corresponde con nuevas necesidades y, entre ellas, la urgente igualdad de los seres humanos en todos los ámbitos. Nuevos espacios para la convivencia facilitarían esa otra revolución, empezando por ese espacio en el cual se desempeña el esclavizante trabajo doméstico.*

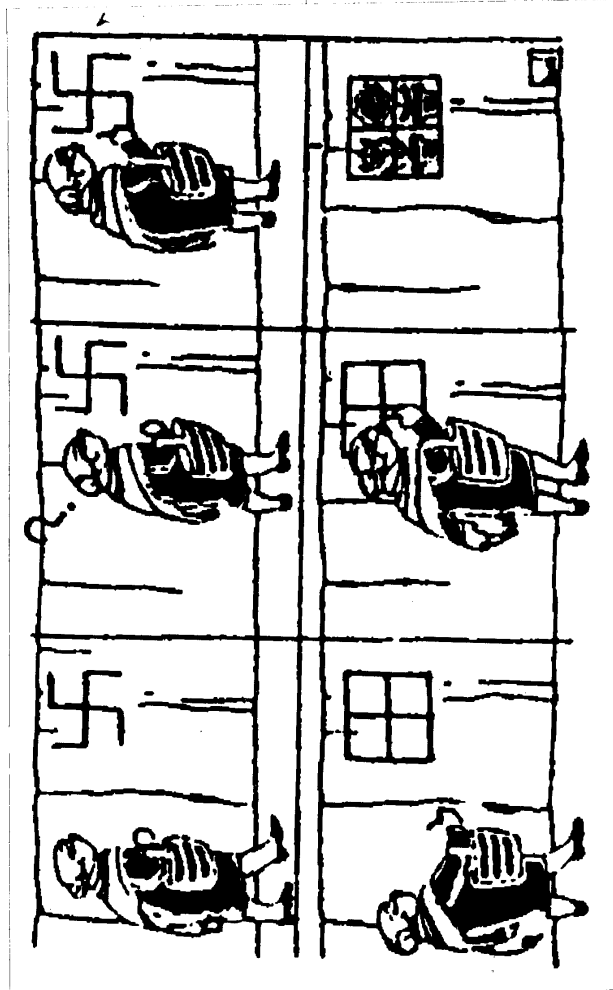
*Términos claves: Nuevos espacios, igualdad, feminismo Venezuela.*

## Abstract

*The division of labor by sex is established in patriarchal law rooted in the unconscious. What is outlined here is the displacement of this law, imposed by the necessity to construct the civilization that we know, with another that corresponds to new necessities, among these the urgent equality of human beings in all contexts. New living spaces would facilitate this "other revolution", beginning with a space in which to escape from slaving domestic labor.*

*Key Terms: New spaces, equality, feminism, Venezuela.*

*(\*) Profesora Asociada de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela y actualmente es Coordinadora de Investigación del Centro de Estudios de la Mujer de esa universidad. Es la autora de *Mujer y utopía* (Cendes, Caracas y Demac, México, 1991). Como profesora de la Escuela de Trabajo Social tutoró las dos investigaciones cuyos resultados se presentan en este mismo número (Ver Foucault y López, 1987/ Luis, Poleo y Rivas, 1991). En los dos casos estudiados la ley patriarcal se expresa con vehemencia.*



De hombre en hombre, de mujer en mujer, de uno en uno, jamás seremos otros, nunca se producirá la modificación de los roles previstos en la ley patriarcal anclada en el inconsciente. La estrategia para masificar el cambio tendrá que ser audaz.

Puesto que es la casa el lugar donde se quiebran todas las buenas intenciones de concientizar a los varones y a las mujeres de la familia acerca de la innaturalidad de la división sexual del trabajo (innaturalidad que se ve clara racionalmente, pero no a nivel inconsciente), lo primero que tendríamos que proponernos es abrir los espacios cerrados en los cuales se cumple, cotidianamente, la subordinación de un género por otro. Abrirlos tanto, dice Friedan, como para que en ellos convivan varios tipos de familias y gente sola (ancianos sin familia, extranjeros, divorciados con o sin hijos, etc.), alrededor de un proyecto de vida en el cual todas las tareas de reproducción social se realicen comunitariamente, en lugares comunes. ¿Cuáles serían esas tareas realizadas colectivamente para beneficio del colectivo? Esas que nos impiden saber si somos capaces de sublimar, tal es el desgaste que ocasiona a las que ejercen doble jornada y aun a las que ejercen la única jornada de ama de casa solitaria al frente de esas tareas: comprar los alimentos del colectivo (incluye hacer colas, buscar los sitios de adquisición al mayoreo donde sale más barato, trasladar las bolsas y cajas de los mercados al nuevo espacio), cancelar los recibos de servicios públicos del nuevo

espacio, preparar los alimentos de todos, lavar y planchar la ropa del colectivo, limpiar y reparar las áreas comunes, llevar y traer a los niños a las escuelas, cuidar de los enfermos y ancianos físicamente incapacitados, supervisar la elaboración de las tareas de los niños y adolescentes en edad escolar, cuidar a los niños menores de 6 años que no hayan alcanzado cupo en los preescolares (la dinámica facilitará arreglos: los ancianos podrían cuidar a los menores de 6 años y supervisar las tareas y entretenimientos de los mayores de 6) y coordinar actividades de recreación para niños y adultos en horarios y días convenientes para la mayoría.

En cuanto se habla de espacios en los que convivan en grupos de personas distintos a los grupos tradicionales hay, por lo general, dos objeciones: que la propuesta no es novedosa y que la propuesta es aplastante, del tipo "todo o nada", incapaz entonces de convocar voluntades dispuestas al cambio. En seguida, en cuanto la discusión toma calor, puede inferirse que la mayoría de la gente considera que las diversas propuestas con las que suele compararse la que hacemos, no han sido exitosas precisamente porque han resultado "aplastantes" para sus participantes debido, sobre todo, a que siempre han estado insertas en un contexto adverso a ellas.

El primer fracaso del que se habla es el de la socialización del trabajo doméstico en los países socialistas que, incluso desde que era sólo un enunciado teórico de Engels, sólo se pensaba como aliviadego de

un trabajo que él consideraba de la exclusiva responsabilidad de las mujeres, de ninguna manera compartible con los hombres. Desde luego, nunca dejan de salir las comunidades hippies de la década del 60, en las cuales nunca se partió del principio de igualdad en todos los terrenos de hombres y mujeres que las integraban sino, más bien, de romper con las normas sexuales, familiares, escolares, etc. que continuaban (y continúan) modelando a las mayorías. Se habla de los *Kibbutzim* israelíes, en uno de los cuales vivió un tiempo la feminista Shulamith Firestone, tratando de descubrir una forma alternativa de convivencia social que, a la larga, podría desembocar en esa revolución de los roles previstos en el inconsciente que proponen Mitchell y Rubin. El informe de Firestone es decepcionante: la división de trabajos sigue siendo por sexos y no por capacidades. Los niños siguen fuertemente identificados con sus padres genéticos y van a una escuela copiada de las europeas, en las cuales la aprobación de los adultos y no el aprendizaje por sí mismo continúa siendo el objetivo final.

La homosexualidad, la bisexualidad, las venéreas en mujeres y las píldoras siguen siendo temas tabúes. Continúa la segregación de sexos por cuartos. De cualquier forma, agrega Firestone, los *Kibbutzim* no fueron concebidos como alternativa a la división sexual del trabajo, así como no lo fueron las comunidades de las décadas del 60 de los llamados hippies, sino como "un comunismo limitado y constituido para llevar a la práctica

los objetivos agrícolas" (Firestone, 1976, p. 269). Es ella misma la que hace mención al fracaso de la escuela Summerhill de A. Neil: siguen fijándose las funciones según el sexo y el jefe de Summerhill, así como el jefe del hogar de cada niño de la élite que ahí llega, tiene una autoridad indiscutida sobre los niños. El mismo Neill ha aceptado que los padres puedan acabar con el trabajo de meses, concluye Firestone. Y de nuevo hay que recordar que Summerhill no se trataba de una alternativa intencionalmente orientada a minar los fundamentos de la ley patriarcal marcada en el inconsciente de padres y madres, maestros y maestras, que es la intención expresa de la proposición de Friedan en *La segunda fase*.

Por una falta de claridad sobre el origen de la discriminación y un rechazo a la existencia y al poder del inconsciente, las comunidades feministas europeas y norteamericanas de fines de los sesenta y comienzos de los setenta fracasaron igualmente, y en no pocos casos la aventura contra la discriminación del género concluyó en una reedición del vínculo de fusión de una integrantes (hijas) con otras (madres), en los términos que tan bien han explicado Susie Orbach y Louise Eichenbaum (1990) o, peor aún, en una reedición entre mujeres de la relación tradicional de parejas heterosexuales.

El primer antecedente literario de la propuesta de Friedan está en la *Teoría de los cuatro movimientos* de Fourier, la primera utopía que propone que el trabajo

doméstico y el cuidado de niños, ancianos y enfermos de cada tribu del falansterio de la felicidad residencial en un palacio sea realizado por veinte criados de ambos sexos con aptitudes para ello y no sólo por mujeres, como proponen todas las utopías anteriores, desde la *República* de Platón.

Un antecedente real y más reciente es señalado por la propia Friedan, al referirse a las llamadas "feministas materiales" de fines de siglo XIX en los Estados Unidos de Norteamérica, que crearon hotelitos en los que convivían distintas parejas, familias y personas solas, con espacios comunes para realizar comunitariamente las tareas del trabajo doméstico, un proyecto que no se multiplicó más por la campaña de hostigamiento que vinculó a todas las organizaciones de mujeres existentes con el comunismo. En esa época del "miedo a los rojos" (1921-1920) los ataques fueron particularmente virulentos contra las feministas materiales, de las que se decía que:

*"eran defensoras del 'amor libre', de la 'maternidad antinatural', de la 'crianza futurista de los niños' y de 'focos antisociales' como los hoteles de apartamentos que 'minarían' a la familia como 'institución divina' si las mujeres no se quedaban en casa y se ocupaban de las tareas del hogar"* (Friedan, 1983, p. 267).

La Depresión completaría la liquidación del proyecto. El Presi-

dente Hoover ofreció una casa suburbana para una sola familia en su propia parcela, para cada obrero. Ofreciendo en medio de la crisis tal estabilidad se logra, como en efecto se logró, la estabilidad del sistema. Fue así que se instaló el "sueño americano", dice Friedan, es decir: una ama de casa amarrada a una licuadora, mientras su marido permanece amarrado a una fábrica pagando su casa-trampa, el carro y la licuadora. Todo en cómodas mensualidades y sus correspondientes intereses. Paralelamente, arreció el ataque a las feministas, incluyendo a las materiales que proponían servicios comunes que les permitieran a las mujeres más tiempo para realizarse como personas. Este último, sigue Friedan, dejó de ser nuestro objetivo, aunque también lo fue en la primera fase del feminismo. Ahora lo que las feministas queremos es incluir al hombre en las esferas tradicionales de la mujer y no mantenerlo al margen.

Se dirá que la proposición que hace Friedan en EEUU y que acepta haber conocido en Suecia es impracticable en Latinoamérica y el Caribe, pero creemos que no es así. Más aún: creemos que la tradición de familia nuclear eventualmente extendida en los barrios de las ciudades más populosas del área, favorecería un proyecto habitacional comunitario del estilo del que Friedan ha propuesto. Como hemos visto en los trabajos de investigación revisados al comienzo, la familia extendida se funda en dos carencias: de dinero, para pagar

guarderías y escuelas maternas que atiendan a los niños mientras las madres salen a trabajar; y padres responsables (y hombres del grupo familiar, en general) que estén dispuestos a compartir el trabajo de atenderlos de día o de noche, los fines de semana o en cualquier emergencia. Las mujeres de la familia o vecinas que no trabajan en la calle o que trabajan para la calle pero en su casa o que tienen horarios de trabajo distintos a los de las trabajadoras que les dejan encargados a sus hijos, sustituyen así a la guardería, al maternal, a la madre trabajadora ausente y a los hombres de la familia de los niños que, aun estando en posibilidad de atenderlos, no lo hacen porque están convencidos de que ese no es trabajo de hombres. La comunidad de mujeres de nuestros barrios es un buen antecedente para intentar esos espacios comunitarios de la reeducación de todos en los roles no tradicionales.

Por otra parte, la experiencia que la clase media tiene algunos fines de semana, cuando alquila un apartamento de un conjunto vacacional en la playa, ayudaría a que también ella fuera ganada para un proyecto comunitario como el que defendemos. Cuando el mar o una piscina, salvavidas, refrescos y comida están a la mano de los niños, la tensión que suele crearse en los apartamentos de las ciudades disminuye a un punto tal que no hay quien no desee, al concluir el fin de semana, sustituir para siempre su vida en la ciudad por la que, de vez en cuando, hace en esos

conjuntos con espacio de atención común a los niños. El problema es que esa familia distendida, rejuvenecida, por el tiempo libre ganado ese fin de semana, deberá regresar a la ciudad y ganarse el dinero para pagar las cuentas que dejó en el conjunto vacacional. ¿No podría ser esa convivencia de grupos familiares distintos la forma de vida de todos los días y no sólo la de algunos fines de semana?

Estamos seguros de que alguien dirá que la densidad poblacional de ciudades como Caracas impide localizar terrenos en los cuales construir esos nuevos espacios de los que venimos hablando. Nos remitimos a la respuesta que una ecóloga feminista dió, por televisión, a un funcionario que decía que la única salida al colapso de los servicios públicos era mudar la capital de Venezuela: la densidad poblacional no es igual en toda Caracas, como no lo es en ninguna de las ciudades pobladas de Venezuela. Así lo puede creer, decía, quien vea el Parque Central, pero si desvía la mirada al barrio que le queda enfrente, San Agustín del Sur, comprobará que no hay punto de comparación entre densidades de terrenos aledaños en un mismo sector de la capital. Pero aún podemos hacer esta otra reflexión: en una crisis económica y social profunda, como la que algunos venezolanos descubrieron el 27 de febrero de 1989 y días siguientes, ¿no sería menos costoso demoler barrios y "ciudades perdidas" precaria y desordenadamente construídos y sustituirlos por comunidades que prevean espacios

de atención común a niños, ancianos y enfermos por hombres y mujeres que están desempleados que quiera emplearse así, atendiendo a la comunidad que es la suya y la de su propia familia?

Desde luego, tiene cabida la suspicacia de dudar que al frente del trabajo reproductivo en esos nuevos espacios que promueva la revolución de roles pautados en el inconsciente, vayan a colocarse los hombres, acostumbrados a ser servidos. Nuestra opinión es que ni siquiera debe comenzarse a discutir un proyecto así si las mujeres no estamos convencidas de su importancia estratégica y si no estamos, por la razón anterior, dispuestas a garantizar que la igualdad total va a ser respetada. En este sentido reivindicamos el concepto de vanguardia feminista en nuestro género aun en el camino de la concientización hacia la eliminación de la división sexual del trabajo. Concepto aceptado por el feminismo que algunas autoras han llamado materialista y otras feminismo de la igualdad, en contraposición por el llamado feminismo de la diferencia o maternalista, que reivindica y sobrevalora las funciones que tradicionalmente las mujeres hemos asumido, sin discutir los espacios, el poder, la metodología de acción y los estilos de dirigencia de los hombres, un asunto en el que, por cierto, no nos detendremos aquí.

Se trataría, pues, de otra manera de convivir hombres y mujeres, en la cual ya no sería la pertenencia al género femenino la que determine quién hará el trabajo reproductivo, sino: la circunstancia de no

estar empleado en el sector formal o autoempleado en el sector informal; la decisión personal de ocuparse de alguna de las tareas; la edad y la capacidad física y mental de cada persona integrante de la comunidad. El trabajo podría ser remunerado en unos casos y en otros realizado para amortiguar el gasto que ocasiona a la comunidad su participación en ella, así como la de algún familiar temporalmente incapacitado. Esto último, debe quedar claro, no tiene nada que ver con aquella consigna hace tiempo rechazada por el movimiento feminista internacional de pagarle un salario a las mujeres amas de casa.

¿A quién tendría la vanguardia feminista cuya existencia acabamos de asumir que hacer esta propuesta? En primer lugar a las mujeres, las beneficiarias a largo plazo y las garantes del éxito del proyecto a corto y mediano plazo. Fundamentalmente a las mujeres trabajadoras más agobiadas por la doble jornada, esa clase media cada vez más empobrecida y sin recursos para pagar un salario a otra persona que le atienda el frente doméstico. A los institutos nacionales de vivienda de cada país, desde luego, porque a los Estados, cada vez más incapacitados por la crisis financiera y económica para afrontar los problemas sociales que se agravan (desempleo, ociosidad de los adolescentes no matriculados —y aún estudiantes— durante el tiempo libre, falta de cupo en los institutos geriátricos para recibir ancianos aún lúcidos pero no queridos por sus familiares, niñez abandonada o mal entendida, insuficiencia de hogares de cuida-

do diario, escuelas maternas, comedores, canchas y parques públicos, etc.) tendría que interesarle discutir propuestas como éstas, menos onerosas para el gasto público y bajo el control de la comunidad beneficiada.

También habrá que conversar con empresarios de la construcción privada, interesados en una innovación del modo de vida a cambio de ganancias razonables. Y con los arquitectos, sobre todo con las arquitectas, más predispuestas a imaginar nuevos espacios para compartir un trabajo que han hecho, hacen o delegan en otras mujeres.

Las arquitectas feministas deben evitar caer en la trampa, advierte Christiane Erlemann, de ser usadas en proyectos profundamente antifeministas por usuarias consultadas democráticamente que, en el fondo, no quieren compartir el trabajo con los hombres sino hacerlo más pasadero. También hay que tener claro, agrega, que el problema no es sólo de diseño (hacer casas en forma de flores u hojas, salas comunes subterráneas en forma de útero) o de método de construcción, aunque, "ciertamente, con una forma básica curva el método de construcción masivo y capitalista, llamado por cajas simplemente no sería realizable" (Erlemann, 1986, p.170).

La innovación en el diseño y el método no bastan para hablar de una arquitectura feminista y quien quiera, de verdad, pensar en una, debe ir a los espacios que las mujeres han creado para ellas mismas (cafés, librerías, casas de atención

a la mujer, etc.). Sólo después podrá desarrollar criterios para: a. — la planificación y la construcción; b. — para el diseño y la utilización. En ambos sentidos han avanzado las alemanas, según explica Erlemann. En cuanto al punto que más nos interesa aquí, el de la utilización del nuevo espacio, este es el consenso al que han llegado ellas: No debe construirse para hombres ni para familias nucleares; el trabajo doméstico debe ser realizado empleando un mínimo de energía por todos los ocupantes; y en caso de uso continuo, debe haber una habitación para cada persona.

El proyecto no puede descansar sólo en la construcción de nuevos espacios, sobre todo si se comienza en las ciudades superpobladas donde son más necesarios, así que se impondría una redistribución de los edificios hechos "por cajas" y las casas de los barrios y colonias estables.

Como se ve, la propuesta no resulta más "aplastante" que cualquier otra de reorganización de la vida personal o colectiva que una se proponga. Es una utopía en la acepción del término que adherimos hace tiempo: no un imposible sino un programa para una sociedad mejor que la comunidad de hombres y mujeres beneficiados tiene que ir negociando en la arena política e institucional, al tiempo que se irá equivocando, revisando y comenzando de nuevo, siempre orientada al desmantelamiento final de la sociedad sexista que a todos nos hace tan infelices. No tememos llamar a la propuesta utopía ni que se nos



llama utopistas. También hace tiempo declaramos estar de acuerdo con Isaac Pardo, quien llamó a los profesores universitarios a promover en sus estudiantes "la propensión utópica del hombre" (Pardo, 1983, p.15), ésto es, la necesidad de imaginar e identificarse con totalidades sociales más satisfactorias que le den una razón para vivir, luchar y esperar días mejores. La realidad nos grita día a día que la propuesta de Pardo tiene lugar en América Latina y el Caribe. Vale la pena promover a fondo la utopía cuando en una escuela primaria de la provincia mexicana un niño de apenas 9 años logra escapar —aunque sólo haya sido en una página en blanco— del régimen socializador que tendría que

haberlo hecho (a la edad de seis años, según afirman Elena Gianini Belotti y otros especialistas) en un Juan Charrasqueado en potencia. Este es el último párrafo de su cuento:

me gusta comer lo que siembro y cuidar los libros, lápices y cuadernos, regla y colores y tijeras, y me gusta tener matas y flores en mi jardín. Me gusta ver las mariposas y pájaros entre lo verde y también barrer, planchar, lavar y otras cosas que después diré lo más pronto posible (Carrillo, 1982,p.26)

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CARRILLO, Germán. "Me gusta". En: *Así escriben los niños de México*. México. Comisión del Idioma Español. 1982.

ERLEMANN, Christiane. "¿Qué es la arquitectura feminista?". En Gisela ECKER (Editora). *Estética feminista*. Barcelona, Icaria, 1986.

FRIEDAN, Betty. *La segunda fase*. Barcelona. Plaza & Janés, 1983.

FIRESTONE, Shulamith. *La dialéctica del sexo*. Barcelona, Kairós, 1976.

